

OTRA VEZ CON LAS TRES HISTORIAS

—III—



Jorge Enrique Guier

En días pasados me referí a una posible división de la historia para fines especulativos únicamente—, en tres grandes secciones: historia grande, pequeña historia e historia secreta. Cada uno de estos

apartados, a su vez, se subdividía en dos secciones cada uno, de donde resultó la historia grande en filosófica y del hombre, la segunda en historiografía y biografía y, por último, la secreta, en la que no se sabe y la que se supone. Hoy, con un solo hecho histórico, lo pulverizaremos para ver si es posible que funcione la división tripartita de la historia, con todos sus segmentos, enfrentados con la realidad.

Nuestro ejemplo va a ser hoy la batalla de Waterloo. Los cien días de Napoleón llegaron a su fin en esa batalla, que se libró en un campo cerca de Bruselas. Pese a las conscripciones, Napoleón sólo contaba con 126.000 hombres, Wellington lo esperaba con 96.000 ingleses, hanoverianos, holandeses y belgas y Blücher con 126.000 disciplinados prusianos. El 15 de junio de 1815 Napoleón pensó batirlos cerca de Charleroi, pero no consiguió el Emperador su actividad y destreza de siempre. Cuando al día siguiente atacó a Blücher lo venció y éste se retiró. Wellington se apertrechó en la meseta del Monte San Juan y esperó el asalto, que fue el día 13. Los franceses atacaron las líneas inglesas de frente y las rompieron, pero los prusianos rodearon la derecha, y los ingleses tomando ahora la ofensiva, aplastaron al ejército francés que huyó derrotado y presa del pánico. Esta batalla selló la suerte de Napoleón.

Tomando la situación relatada atrás, veamos qué interpretación podría darle algún filósofo —es preferible para el ejemplo un idealista por ser más simpático que los materialistas que sólo se fijan en cuestión de tripas—; diría, no hay duda, que el espíritu, en su viaje haciendo historia desde el Oriente, tenía necesidad de castigar o de abandonar a Francia, para posarse lánguidamente en otro país que tendría desde ese momento la supremacía del

mundo. El historiador —de la sección grande también—, pero que estaría clasificado dentro de la historia del hombre, vería en el hecho histórico que nos ha servido de ejemplo, una consolidación europea de todos los principios ideológicos proclamados por la Revolución Francesa, o sea, que desde la participación primitiva del hombre con la naturaleza, formando con ella un todo, se habría ya elevado a su completa individualización y secularización: sería la proclamación más absoluta de la transformación del hombre en el hombre contemporáneo.

Dentro de la sección de la pequeña historia, dedicada a la historiografía, el relato de Waterloo habría que concebirlo como la reseña más fría posible de los movimientos de tropas, de las localidades donde se acuartelaban, del plano del terreno, y de allí minuto a minuto, se iría construyendo toda la batalla de principio a fin, basado estrictamente en todos los informes que haya sido dado conseguir. En la sección de pequeña historia también, en el grupo biográfico, este historiador tendría un cam-

po inagotable, porque relataría muchas vidas importantes, por ejemplo, Wellington, Ney, Blücher, y por supuesto, Napoleón, quien bastante quehacer ha dado a sus biógrafos.

El último aparte nos hace desembocar en la historia secreta, y allí las preguntas sin contestación posible se sucederían casi a lo infinito. Esto sería la historia secreta que no se sabe, y la que se supone nos contestaría todos los problemas diciéndonos que probablemente sucedió algo así o así.

Tal vez quede la sensación de que la historia no se sabe, porque lo fundamental de ella queda dentro del hombre, y si vemos la historia grande con sus prodigiosas construcciones mentales, la pequeña y sus datos sin aparente importancia y la secreta que no se sabe. ¿Será entonces la historia secreta la que determina todo el devenir? Pero algo sí se nota con seguridad absoluta, que la historia del hombre, desde sus inicios hasta la actualidad, no ha sido otra cosa que la confirmación ascendente del espíritu del hombre desde el caos original hasta su afirmación actual.